

alineaban ante el anteojo de Caldas. Pero aquel sublime momento, duró un momento. Mutis, el alma, el jefe de la Expedición, terminó su vida mortal el 2 de Septiembre de 1808 (1); y dos años después el tempestuoso genio de la libertad inspiró en el Virreinato la memorable fiesta del 20 de julio, en que terminó para siempre la Academia científica, compuesta de los discípulos de Mutis, porque todos ellos se cubrieron con el casco guerrero y marcharon unos a los afanes y agitaciones de la política, y otros a los peligros de las batallas." (2).

FABIO LOZANO Y LOZANO

(Concluirá)

Precursores

[*L. Marroquín. PRECURSORES* — Nariño, los Ricaurtes, doctor don José Antonio Ricaurte, Precursor y Protomártir de la Libertad — Centenario de Cundinamarca — MDCCCXIII—MCMXIII—Bogotá—Imprenta Eléctrica—1913—154 páginas en 8.º]

Don Lorenzo Marroquín acaba de ofrendar a la literatura colombiana el interesante libro cuyo título hemos inscrito a la cabeza de estas líneas. En naciones incipientes como la nuestra, los hombres de talento no pueden consagrarse, como en los países de cultura muchas veces secular, a estudios y labores especiales; necesitan, además de ser mucho en algo, ser algo de todo, y los polígrafos, cada día más escasos en el viejo continente, abundan en el nuevo. Entre los nuestros, de la generación que va pasando, ocupa el señor Marroquín lugar muy señalado. Poesía popular a lo Rafael Pombo en *El Tiple*; descriptiva a lo Núñez de Arce, en *La Cosecha*; dramas aplaudidos dentro y fuera de Colombia; novela acerada de costumbres americanas; artículos y folletos políticos, y mucho más que omi-

(1) Veremos que no fue el 2, sino el 11.

(2) Ob. cit., página 361.

timos por evitar lo difuso, forman el acervo literario de Marroquín.

Ahora se nos presenta con una obra histórica muy atractiva, por la materia y por la forma, como dicen los escolásticos, nuestros maestros. Contiene un elogio de Nariño; una defensa del héroe de San Mateo, que no fue precursor sino actor principalísimo en la guerra de independencia; y un rasgo biográfico de don José Antonio Ricaurte, santafereño de cepa, sabio jurisconsulto, cristiano fervoroso, amigo íntimo del general Nariño, su defensor ante los tribunales españoles. Compartió la aciaga suerte de su defendido y pasó los últimos años de su vida en presidios, calabozos y cadenas.

No sabemos qué destino esté reservado a este libro del señor Marroquín, porque parece que fuera el sino del autor el de levantar borrascas, dondequiera que pone la pluma o la mano. No les acontece lo mismo a los escritores y a los políticos mediocres.

Precursores no sólo es tributo del ciudadano a la gloria de su patria, sino del hijo bien nacido a los méritos de sus antepasados. Está el libro inspirado, además del patriotismo, por la piedad filial. Si todo ciudadano debe honra a los fundadores de la República, parece que la deuda es mayor en los que llevan su sangre y su apellido. No vale objetar que nosotros, los de la generación actual, no podemos hombrearnos con los próceres. El pueblo que enaltece a sus mayores acaso no sea grande; pero el que los olvida o apoca es irremediamente pequeño.

Se espacia el señor Marroquín, con morosa delectación, en referir el rancio abolengo de los Ricaurtes, su cuna en las montañas vascongadas; sus pergaminos y escudos heráldicos, y los entronques y afinidades que tuvieron con ricos hombres y títulos de Castilla. Y en el mismo pecado, si acaso lo es, han incurrido muchos de los nietos y biznietos de revolucionarios americanos al narrar las gestas de sus venerados abuelos.

Podría preguntárseles: si tanto vale la sangre ibera, y su nobleza, y sus empleos, y la fidelidad a sus monarcas, ¿cómo poner tan altos a los que declararon al indio y al negro iguales a los hijosdalgo, rompieron tradiciones, aplebeyaron apellidos y trajes, y renunciaron a la autoridad de los reyes? Y si la revolución, fundada en los *Derechos del hombre*, fue santa, ¿qué valen reales cédulas, cruces y toisones; empleos de gabelas y escudos con lises, torres y calderetas? Más noble es un nieto de Infante que uno del señor Conde de Cartagena.

El señor Marroquín contesta así:

Resaltan en estos documentos las desigualdades y los privilegios; pero también el mérito extraordinario de quienes pudieron abrir su espíritu a la igualdad de derechos en época en que todo descansaba sobre la desigualdad, y sacrificaron por la libertad posición, comodidades, bienestar, riquezas. Empezando por despojarse de las prerrogativas, excepciones y privilegios de sangre y nacimiento, con que las leyes y constituciones los favorecían.

Muy bien dicho. Pero es lo cierto que los americanos del sur tenemos el privilegio de ser a un tiempo linajudos señorones y demócratas revolucionarios. ¡Cuánto daría un francés por ser descendiente de un girondino y de un rey: Monsieur Mirabeau de Bourbon!

El estudio sobre Nariño está escrito con calor, y se advierte el propósito de no repetir lugares comunes acerca del héroe. Tiene frases y sentencias felices: "Proclama la unión como antes los derechos del hombre, y viene a ser entonces el precursor del orden, como había sido antes el precursor de la libertad." "Colombia había dado a Nariño el distintivo de los grandes hombres, al derramar sobre su cabeza el aceite de la ingratitud." Acertada reminiscencia del pasaje bíblico: *Unxit te oleo laetitiae*.

Al tratar de Antonio Ricaurte, el señor Marroquín se exalta, a vista de cierto libro escrito por un extranjero y

en que se niega la hazaña de San Mateo. No es para tanto. El libelo de Perú de Lacroix provoca sonrisa, no iras; si nos enfadáramos por cada tontería, no llegaríamos a viejos. Trae Marroquín el testimonio oficial de Antonio Muñoz Tovar, Secretario de Guerra; "relato de quien cuenta lo que vio, sin emoción ni calor, como acostumbrado a vivir entre la gloria y la muerte." Con ese pasaje basta y sobra. El señor Marroquín quiere aducir más pruebas, sin acordarse de que lo único imposible en filosofía es demostrar lo evidente. Se echa, según las teorías de Taine, por los ataques de las razas y de la herencia; como si Carlos II, el hechizado, no hubiera descendido del César Carlos V.

Habría podido decir el señor Marroquín que él y nosotros alcanzamos a conocer a varios de los libertadores de Venezuela, que contaban unánimes, como testigos presenciales, la trágica muerte de Ricaurte. ¿Todos embusteros? ¿Todos ilusos?

A cada grande hombre le nace un Perú de Lacroix. No le faltó el suyo a Nuestro Señor Jesucristo, que es Dios. Los abates modernistas Loisy y Murri, han negado la resurrección del Salvador, fundándose en el testimonio de Caifás.

La parte verdaderamente nueva, la contribución al estudio de la historia patria, es la biografía de don José Antonio Ricaurte; a quien llama Marroquín "protomártir de la independencia," aunque falleció de muerte natural. Pero expiró en las bóvedas de Bocachica, cargado de cadenas. El retrato del abogado santafereño aparece de cuerpo entero, retratado en sus interesantes cartas. Los toques que faltan los ha llenado el biógrafo, atribuyendo al abuelo lo que practicaban, hace medio siglo, los nietos. El procedimiento es aceptable, tratándose de familias para quienes la tradición es un culto.

Allí aparece el hidalgo español, modificado por el medio ambiente de los trópicos, cristiano, piadoso, con afectos de resignación y olvido de las injurias propios de un

santo. Y ese hombre fue el defensor acérrimo de los *Derechos del hombre*, que contienen proposiciones condenadas antes y después de aquella época, por la Sede apostólica. ¿Cómo explicar esta contradicción? No por hipocresía, no por rudeza de entendimiento. La *Declaración de los derechos del hombre* encierra algunas máximas cristianas, propagadas siempre por la Iglesia, y doctrinas heterodoxas, disolventes que, según la frase de Taine, "son puñales asestados al pecho de la sociedad; basta empujar el mango para que penetre la hoja" (1).

Eso lo supo la Santa Sede desde el principio, alumbrada por asistencia divina; lo entendió Taine, a la luz de medio siglo de experiencia. Antonio Nariño, José Antonio Ricaurte, Manuel Benito de Castro, ni eran teólogos, ni habían visto el fruto del árbol todavía recién nacido. Con el tiempo, hemos aprendido a reírnos de las utopías de Rousseau, pero hemos conservado la igualdad ante la ley, la supresión de la esclavitud y del tormento, la forma republicana de gobierno. Después de las encíclicas de León XIII, aún hay católicos desorientados que hablan del pueblo como de fuente suprema de la soberanía, y llaman *asociados* a los ciudadanos.

El estilo y lenguaje de don Lorenzo Marroquín son familiares a todo lector colombiano, y han sido asunto de prolijo examen y acaloradas controversias. Conoce Marroquín los escritores españoles antiguos y modernos, y tiene el oído de la prosa castellana, pero ha leído mucho francés contemporáneo. Esto, y su carácter pronto y vivaz, lo inclinan a las frases breves y cortadas. Para que suenen a Cervantes, multiplica los adjetivos y asocia los cortos períodos en largas enumeraciones. Parece, también, como si hubiera tenido por maestros a los poetas bíblicos, en quienes ocurre a cada verso el paralelismo de las ideas y las voces. Así son los salmos: "Del Señor es la tierra y cuanto ella contiene; el mundo, y todos sus habitantes." Ma-

(1) TAINÉ. *La Revolución* tomo I.

Marroquín gusta de repetir una idea en dos o más frases seguidas, con términos sinónimos. Por ejemplo :

En la guerra Nariño, como los paladines medioevales, no concibe la campaña y el triunfo sino al través de su esfuerzo personal ; la batalla se le presenta como un duelo singular entre él y el ejército contrario.

Nariño fue pensamiento y fue acción ; el hombre de la teoría abstracta y el hombre de la guerra.

Sabe la palabra castiza, la frase correcta, pero opta por el neologismo de *lexigraffa* o de *sintaxis*, si le suena más pintoresco y enérgico. No tiene tiempo ni voluntad de limar prolijamente sus escritos.

Estas particularidades del señor Marroquín no son, en sí, dignas de encomio ni de censura. Cuando un hombre concibe ideas superiores a las del vulgo, y las expresa con claridad y agrado, ese hombre es un escritor. Cuanto mayor sea, poseerá un estilo más personal, que no puede cambiar a voluntad, porque es la fisonomía del alma.

Dejando a un lado los superlativos que, de puro manoseados, ya nada chico ni grande significan, diremos que, en nuestro humilde concepto, el señor Marroquín, que es un buen escritor, nos ha dado en *Precursores* un buen libro.

EL CONGRESO EUCARISTICO

El Congreso Eucarístico celebrado en Bogotá con una pompa y magnificencia extraordinarias, ha evidenciado una vez más que el pueblo de Colombia es esencialmente católico, que el sentimiento religioso es algo que forma parte integrante del alma nacional, y que ese sentimiento nobilísimo no podrá ser arrancado jamás de los espíritus creyentes, a pesar de los esfuerzos que hacen los que a tal utopía y necedad aspiran, y a pesar de los gritos de rabia y de despecho que en su desesperación e impotencia